

entendimiento lo que arriba dijimos del espíritu malo con que nacemos la primera vez, y de cómo se nos comunicaba primero en virtud, cuando nosotros también teníamos el ser en virtud y estábamos como encerrados en nuestro principio, y después en expresa realidad, cuando saliendo del y viniendo á esta luz, comenzamos á ser en nosotros mismos. Porque se ha de entender que este segundo padre, como vino á deshacer los males que hizo el primero, por las pisadas que fué dañando el otro, por esas mismas procede él haciéndonos bien. Pues digo así, que Cristo nos reengendró y calificó primero en sí mismo, como en virtud y según la manera como en él estábamos juntos, y después nos engendra y renueva á cada uno por sí y según el efecto real.

»Y digamos de lo primero: Adam puso en nuestra naturaleza y en nosotros, según que en él estábamos, el espíritu del pecado y la desorden, desordenándose él á sí mismo y abriendo la puerta del corazón á la ponzoña de la serpiente, y aposentándola en sí y en nosotros. Y ya desde aquel tiempo, cuanto fué de su parte del, comenzamos á ser en la forma que entonces éramos, inficionados y malos. Cristo, nuestro bienaventurado Padre, dió principio á nuestra vida y justicia, haciendo en sí primero lo que en nosotros había de nacer y parecer después. Y como quien pone en el grano la calidad con que desea que la espiga nazca, así, teniéndonos á todos juntos en sí, en la forma que habemos ya dicho, con lo que hizo en sí, cuanto fué de su parte, nos comenzó á hacer y á calificar en origen tales, cuales nos había de engendrar después en realidad y en efecto.

»Y porque este nacimiento y origen nuestra no era primer origen, sino nacimiento después de otro nacimiento, y de nacimiento perdido y dañado; fué necesario hacer, no solo lo que convenia para darnos buen espíritu y buena vida, sino padecer también lo que era menester para quitarnos el mal espíritu con que habíamos venido á la vida primera. Y como dicen del maestro que toma para discípulo al que está ya mal enseñado, que tiene dos trabajos, uno en desarraigar lo malo y otro en plantar lo bueno; así Cristo, nuestro bien y Señor, hizo dos cosas en sí, para que hechas en sí, se hiciesen en nosotros los que estamos en él, una para destruir nuestro espíritu malo, y otro para criar nuestro espíritu bueno. Para matar el pecado y para destruir el mal y la desorden de nuestro origen primero, murió él en persona de todos nosotros, y cuanto es de su parte, en él recibimos todos muerte, así como estábamos todos en él, y quedamos muertos en nuestro Padre y cabeza, y muertos para nunca vivir mas en aquella manera de ser y de vida. Porque, según aquella manera de vida pasible y que tenía imagen y representación de pecado, nunca tornó Cristo, nuestro Padre y cabeza, á vivir, como el Apóstol lo dice (a):—Si murió por el pecado, ya murió de una vez; si vive, vive ya á Dios.—Y de aquesta primera muerte del pecado y del viejo hombre, que se celebró en la muerte de Cristo como general y como original para los demás, nace la fuerza de aquello que di-

(a) Rom., 6, v. 6.

ce y arguye san Pablo, cuando escribiendo á los romanos, les amonesta que no pequen, y les extraña mucho el pecar, porque dice (b):—Pues ¿qué diremos? ¿Convendrá perseverar en el pecar para que se acreciente la gracia? En ninguna manera. Porque, los que morimos al pecado, ¿cómo se compadece que vivamos en él todavía?—Y después de algunas palabras, declarándose mas (c):—Porque habeis de saber esto, que nuestro hombre viejo fué juntamente crucificado para que sea destruido el cuerpo del pecado y para que no sirvamos mas al pecado.—Que es como decirles que cuando Cristo murió á la vida pasible y que tiene figura de pecadora, murieron ellos en él para todo lo que es esa manera de vida. Por lo cual, que pues murieron allí á ella por haber muerto Cristo, y Cristo no tornó después á semejante vivir, si ellos están en él, y si lo que pasó en él eso mismo se hizo en ellos, no se compadece en ninguna manera que ellos quieran tornar á ser lo que, según que estuvieron en Cristo, dejaron de ser para siempre.

»Y á esto mismo pertenece y mira lo que dice en otro lugar (d):—Así que, hermanos, vosotros ya estáis muertos á la ley por medio del cuerpo de Cristo.—Y poco después (e):—Lo que la ley no podía hacer, y en lo que se mostraba flaca por razón de la carne, Dios, enviando á su Hijo en semejanza de carne de pecado, condenó el pecado en la carne.—Porque, como habemos ya dicho, y conviene que muchas veces se diga, para que repitiéndose se entienda mejor, procedió Cristo á esta muerte y sacrificio aceptísimo, que hizo de sí, no como una persona particular, sino como en persona de todo el linaje humano y de toda la vejez del, y señaladamente de todos aquellos á quienes de hecho había de tocar el nacimiento segundo, los cuales por secreta unión del espíritu había puesto en sí y como sobre sus hombros; y así, lo que hizo entonces en sí cuanto es de su parte, quedó hecho en todos nosotros.

»Y que Cristo haya subido á la cruz como persona pública y en la manera que digo, aunque está ya probado, pruébase mas con lo que Cristo hizo y nos quiso dar á entender en el sacramento de su Cuerpo, que debajo de las especies de pan y vino consagró, ya vecino á la muerte. Porque tomando el pan y dándolo á sus discípulos, les dijo desta manera (f):—Este es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros.—Dando claramente á entender que su cuerpo verdadero estaba debajo de aquellas especies, y que estaba en la forma que se había de ofrecer en la cruz, y que las mismas especies de pan y vino declaraban y eran como imagen de la forma en que se había de ofrecer. Y que así como el pan es un cuerpo compuesto de muchos cuerpos, esto es, de muchos granos, perdiendo su primera forma, por la virtud del agua y del fuego hacen un pan; así nuestro pan de vida, habiendo ayuntado á sí por secreta fuerza de amor y de espíritu la naturaleza nuestra, y habiendo hecho como un cuerpo de sí y de todos nosotros, de sí en realidad de verdad, y de los demás en virtud, no como una persona sola, sino como un principio que las contenía todas, se ponía

(b) Rom., 6, v. 1. (c) Ibidem, v. 6. (d) Ibidem, 7, v. 4. (e) Ibidem, 8, v. 3. (f) Math., 26, v. 26.

en la cruz. Y que como iba á la cruz abrazado con todos, así se encerraba en aquellas especies, para que ellas con su razón, aunque ponian velo á los ojos, alumbrasen nuestro corazón de continuo, y nos dijiesen que contenian á Cristo debajo de sí, y que lo contenian, no de cualquiera manera, sino de aquella como se puso en la cruz, llevándonos á nosotros en sí, y hecho con nosotros, por espiritual unión, uno mismo, así como el pan cuyas ellas fueron, era un compuesto hecho de muchos granos.

»Así que, aquellas unas, y unas mismas palabras, dicen juntamente dos cosas. Una:—Este, que parece pan, es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros. Otra:—Como el pan, que al parecer está aquí, así es mi cuerpo, que está aquí y que por vosotros será á la muerte entregado.—Y esto mismo como en figura declaró el santo mozo Isaac (a), que caminaba al sacrificio, no vacío, sino puesta sobre sus hombros la leña que había de arder en él. Porque cosa sabida es que en el lenguaje secreto de la Escritura el leño seco es imagen del pecador. Y ni mas ni menos en los cabritos que el Levítico sacrifica por el pecado (b), que fueron figura clara del sacrificio de Cristo, todo el pueblo pone primero sobre las cabezas dellos las manos, porque se entienda que en este otro sacrificio nos llevaba á todos en sí nuestro Padre y cabeza. Mas ¿qué digo de los cabritos? Porque si buscamos imágenes de aquesta verdad, ninguna es mas viva ni mas cabal que el sumo pontífice de la ley vieja, vestido de pontifical para hacer sacrificio. Porque, como san Jerónimo dice, ó por decir verdad, como el Espíritu Santo lo declara en el libro de la Sabiduría (c), aquel pontifical, así en la forma del como en las partes de que se componia, y en todas sus colores y cualidades, era como una representación de la universalidad de las cosas; y el sumo sacerdote vestido del era un mundo universo; y así como iba á tratar con Dios por todos, así los llevaba todos sobre sus hombros. Pues de la misma manera Cristo, sumo y verdadero sacerdote, para cuya imagen servía todo el sumo sacerdocio pasado, cuando subió al altar de la cruz á sacrificar por nosotros fué vestido de nosotros mismos en la forma que dicho es, y sacrificándose á sí, y á nosotros en sí, dió fin desta manera á nuestra vieja maldad.

»Habemos dicho lo que hizo Cristo para desarraigar de nosotros nuestro primer espíritu malo; digamos agora lo que hizo en sí para criar en nosotros el hombre nuevo y el espíritu bueno; esto es, para después de muertos á la vida mala, tornarnos á vida buena, y para dar principio á nuestra segunda generación. Por virtud de su divinidad, y porque según ley de justicia no tenía obligación á la muerte, por ser su naturaleza humana de su nacimiento inocente, no pudo Cristo quedar muerto muriendo; y como dice San Pedro (d),—no fué posible ser detenido de los dolores de la sepultura;—y así, resucitó vivo el día tercero; y resucitó, no en carne pasible y que tuviese representación del pecado y que estuviese sujeta á trabajos, como si tuviera pecado, que aquello murió en Cristo para

(a) Genes., 22, v. 6. (b) Levit., 8. (c) Sapient., 18, v. 24. (d) Actor., 2, v. 24.

jamás no vivir, sino en cuerpo incorruptible y glorioso y como engendrado por solas las manos de Dios. Porque, así como en el primer nacimiento suyo en la carne, cuando nació de la Virgen, por ser su padre Dios, sin obra de hombre, nació sin pecado; mas por nacer de madre pasible y mortal, nació él semejantemente hábil á padecer y morir, asemejándose á las fuentes de su nacimiento, á cada una en su cosa; así en la resurrección suya, que decimos agora, la cual la Sagrada Escritura también llama nacimiento ó generación, como en ella no hubo hombre que fuese padre ni madre, sino Dios solo, que la hizo por sí y sin ministerio de alguna otra causa segunda, salió todo como de mano de Dios, no solo puro de todo pecado, sino también de la imagen del; esto es, libre de la pasibilidad y de la muerte, y juntamente dotado de claridad y de gloria. Y como aquel cuerpo fué reengendrado solamente por Dios, salió con las calidades y con los semblantes de Dios, cuanto le son á un cuerpo posibles. Y así, se precia Dios deste hecho como de hecho solamente suyo. Y así, dice en el salmo (e):—Yo soy el que hoy te engendré.—

»Pues decimos agora que de la manera que dió fin á nuestro viejo hombre muriendo, porque murió él por nosotros y en persona de nosotros, que por secreto misterio nos contaria en sí mismo, como nuestro padre y cabeza; por la misma razón, tornando él á vivir, renació con él nuestra vida. Vida llamo aquí la de justicia y de espíritu, la cual comprende, no solamente el principio de la justicia, cuando el pecador, que era, comienza á ser justo, sino el crecimiento della también, con todo su proceso y perfección, hasta llegar el hombre á la inmortalidad del cuerpo y á la entera libertad del pecado. Porque cuando Cristo resucitó, por el mismo caso que él resucitó, se principió todo esto en los que estábamos en él como en nuestro principio. Y así lo uno como lo otro lo dice breve y significativamente san Pablo, diciendo (f):—Murió por nuestros delitos y resucitó por nuestra justificación.—Como si mas extendidamente dijera:—Tomónos en sí, y murió como pecador, para que muriésemos en él los pecadores; y resucitó á vida eternamente justa é inmortal y gloriosa, para que resucitásemos nosotros en él á justicia y á gloria y á inmortalidad.—Mas ¿por ventura no resucitamos nosotros con Cristo? El mismo apóstol lo diga (g):—Y nos dió vida, dice hablando de Dios, juntamente con Cristo, y nos resucitó con él, y nos asentó sobre las cumbres del cielo.—De manera que lo que hizo Cristo en sí y en nosotros, según que estábamos entonces en él, fué aquesto que he dicho.

»Pero no por eso se ha de entender que por esto solo quedamos de hecho y en nosotros mismos ya nuevamente nacidos y otra vez engendrados, muertos al viejo pecado y vivos al espíritu del cielo y de la justicia; sino allí comenzamos á nacer, para nacer de hecho después. Y fué aquello como el fundamento de aqueste otro edificio. Y para hablar con mas propiedad, del fruto noble de justicia y de inmortalidad que se descubre en nosotros, y se levanta y crece y traspasa los cielos, aquellas fueron las simientes y las raíces

(e) Psalm., 2, v. 7. (f) Rom., 4, v. 25. (g) Ephes., 2, v. 5 et 6.

primeras; porque, así como, no embargante que cuando pecó Adam, todos pecamos en él y concebimos espíritu de ponzoña y de muerte, para que de hecho nos inficione el pecado y para que este mal espíritu se nos infunda, es menester que también nosotros nazcamos de Adam por orden natural de generacion; así, por la misma manera, para que de hecho en nosotros muera el espíritu de la culpa y viva el de la gracia y el de la justicia, no basta aquel fundamento y aquella semilla y origen, ni con lo que fué hecho en nosotros en la persona de Cristo, con eso, sin mas hacer ni entender en las nuestras, somos ya en ellas justos y salvos, como dicen los que desatinan agora; sino es menester que de hecho nazcamos de Cristo, para que por este nacimiento actual se derive á nuestras personas y se asiente en ellas aquello mismo que ya se principió en nuestra origen. Y aunque usemos de una misma semejanza mas veces como la espiga, aunque está cada ha de ser en el grano, para que tenga en sí aquello que es, y sus cualidades todas y sus figuras, le conviene que con la virtud del agua y del sol salga del grano naciendo; asimismo también no comenzaremos á ser en nosotros cuales en Cristo somos hasta que de hecho nazcamos de Cristo.

»Mas, preguntará por caso alguno:—¿En qué manera naceremos, ó cuál será la forma de aquella generacion? ¿Hemos de tornar al vientre de nuestras madres de nuevo, como, maravillado de aquesta nueva doctrina, preguntó Nicodemus (a), ó vueltos en tierra ó consumidos en fuego, renaceremos, como el ave fénix, de nuestras cenizas? Si este nacimiento nuevo fuera nacer en carne y en sangre, bien fuera necesaria alguna destas maneras; mas, como es nacer en espíritu, hácese con espíritu y con secreta virtud.—Lo que nace de la carne, dice Cristo en este mismo propósito (b), carne es, y lo que nace del espíritu, espíritu es.—Y así, lo que es espíritu ha de nacer por orden y fuerza de espíritu. El cual celebra esta generacion en esta manera.

»Cristo, por la virtud de su espíritu, pone en efecto actual en nosotros aquello mismo que comenzamos á ser en él, y que él hizo en sí para nosotros; esto es, pone muerte á nuestra culpa, quitándola del alma; y aquel fuego ponzoñoso que la serpiente inspiró en nuestra carne, y que nos solicita á la culpa, amortígualo y pónale freno agora, para despues en el último tiempo matarle del todo; y pone también simiente de vida, y como si dijésemos, un grano de su espíritu y gracia, que encerrado en nuestra alma y siendo cultivado como es razon, vaya despues creciendo por sus términos, y tomando fuerzas y levantándose hasta llegar á la medida, como dice san Pablo, de varon perfecto. Y poner Cristo en nosotros esto, es nosotros nacer de Cristo en realidad y verdad. Mas está en la mano la pregunta y la duda. ¿Pone por aventura Cristo en todos los hombres aquesto, ó pónelo en todas las saciones y tiempos? ó ¿en quién y cuándo lo pone? Sin duda no lo pone en todos ni en cualquiera forma y manera, sino solo en los que nacen dél, y nacen dél los que se bautizan, y en aquel sacramento se celebra y pone en obra aquesta ge-

(a) Joan., 3, v. 4. (b) Joan., 3, v. 6.

neracion. Por manera que, tocando al cuerpo el agua visible, y obrando en lo secreto la virtud de Cristo invisible, nace el nuevo Adam, quedando muerto y sepultado el antiguo. En lo cual, como en todas las cosas, guardó Dios el camino seguido y llano de su providencia.

»Porque, así como para que del fuego ponga en un madero su fuego; esto es, para que el madero nazca fuego encendido, se avecina primero al fuego el madero, y con la vecindad se le hace semejante en las cualidades que recibe en sí de sequedad y calor, y crece en esta semejanza hasta llegarla á su punto, y luego el fuego se lanza en él y le da su forma; así, para que Cristo ponga é infunda en nosotros, de los tesoros de bienes y vida que atesoró muriendo y resucitando, la parte que nos conviene, y para que nazcamos Cristos, esto es, como sus hijos, ordenó que se hiciese en nosotros una representacion de su muerte y de su nueva vida, y que desta manera, hechos semejantes á él, él, como en sus semejantes, influyese de sí lo que responde á su muerte y lo que responde á su vida. A su muerte responde el borrar y el morir de la culpa, y á su resurreccion, la vida de gracia. Porque el entrar en el agua y el sumirnos en ella es como, ahogándonos allí, quedar sepultados, como murió Cristo y fué en la sepultura puesto, como lo dice san Pablo (c):—En el bautismo sois sepultados y muertos juntamente con él.—Y por consiguiente, y por la misma manera, el salir despues del agua es como salir del sepulcro viviendo. Pues á esta representacion responde la verdad juntamente, y asemejándonos á Cristo en esta manera, como en materia y sujeto dispuesto, se nos infunde luego el buen espíritu, y nace Cristo en nosotros, y la culpa, que como en origen y en general destruyó con su muerte, destrúyela entonces en particular en cada uno de los que mueren en aquella agua sagrada. Y la vida de todos, que resucitó en general con su vida, pónela también en cada uno y en particular cuando, saliendo del agua, parece que resucitan. Y así, en aquel hecho juntamente hay representacion y verdad. Lo que parece por defuera es representacion de muerte y de vida; mas lo que pasa en secreto es verdadera vida de gracia y verdadera muerte de culpa.

»Y si os place saber, pudiendo esta representacion de muerte ser hecha por otras muchas maneras, por qué entre todas escogió Dios esta del agua, contentárame mucho lo que dice el glorioso mártir Cipriano (d), y es, que la culpa que muere en esta imagen de muerte es culpa que tiene ingenio y condicion de ponzoña, como la que nació de mordedura y de aliento de serpiente; y cosa sabida es que la ponzoña de las sierpes se pierde en agua, y que las culebras, si entran en ella, dejan su ponzoña primero. Así que, morimos en agua para que muera en ella la ponzoña de nuestra culpa, porque en el agua muere la ponzoña naturalmente. Y esto es en cuanto á la muerte que allí se celebra; pero cuanto á la vida, es de advertir que, aunque la culpa muere del todo, pero la vida que se nos da allí es del todo perfecta. Quiero decir, que no vive luego en nosotros el hombre nuevo, cabal y perfecto, sino vive co-

(c) Rom., 6, v. 4. (d) In serm. de Baptism.

mo la razon del segundo nacimiento lo pide, como niño flaco y tierno. Porque no pone luego Cristo en nosotros todo el ser de la nueva vida que resucitó con él, sino pone, como dijimos, un grano della y una pequeña semilla de su espíritu y de su gracia, pequeña, pero eficazísima para que viva y se adelante, y lance del alma las reliquias del viejo hombre contrario suyo, y vaya pujando y extendiéndose hasta apoderarse de nosotros del todo, haciéndonos perfectamente dichosos y buenos.

»Mas, ¿cómo es maravillosa la sabiduría de Dios, y cómo es grande la orden que pone en las cosas que hace, trabándolas todas entre sí y templándolas por extraña manera! En la filosofía se suele decir que, como nace una cosa, por la misma manera crece y se adelanta. Pues lo mismo guarda Dios en este nuevo hombre y en este grano de espíritu y de gracia, que es semilla de nuestra segunda y nueva vida. Porque, así como tuvo principio en nuestra alma cuando por la representacion del bautismo nos hicimos semejantes á Cristo, así crece siempre y se adelanta cuando nos asemejamos á él, aunque en diferente manera. Porque para recibir el principio desta vida de gracia le fuimos semejantes por representacion, porque por verdad no podíamos ser sus semejantes antes de recibir esta vida, mas para el acrescentamiento della conviene que le remedemos con verdad en las obras y hechos.

»Y va, así esto como en todo lo demás que arriba dijimos, este nuevo hombre y espíritu respondidamente contraponiéndose á aquel espíritu viejo y perverso. Porque, así como aquel se diferenciaba de la naturaleza de nuestra substancia en que, siendo ella hechura de Dios, él no tenía nada de Dios, sino era todo hechura del demonio y del hombre; así este buen espíritu todo es de Dios y de Cristo. Y así como allí hizo el primer padre, obedeciendo al demonio, aquello con lo que él y los que estábamos en él quedamos perdidos; de la misma manera aquí padeció Cristo, nuestro padre segundo, obedeciendo á Dios, con lo que en él y por él, los que estamos en él nos habemos cobrado. Y así como aquel dió fin al vivir que tenía, y principio al morir, que mereció por su mala obra, así este por su divina paciencia dió muerte á la muerte y tornó á vida la vida. Y así como lo que aquel traspasó no lo quisimos de hecho nosotros, pero por estar en él como en padre, fuimos vistos quererlo; así lo que padeció y hizo Cristo para bien de nosotros, si se hizo y padeció sin nuestro querer, pero no sin lo que en virtud era nuestro querer, por razon de la union y virtud que está dicha. Y como aquella ponzoña, como arriba dijimos, nos tocó é inficionó por dos diferentes maneras, una en general y en virtud cuando estábamos en Adam todos generalmente encerrados, y otra en particular y en expresa verdad cuando comenzamos á vivir en nosotros mismos, siendo engendrados; así esta virtud y gracia de Cristo, como habemos declarado arriba también, nos cualificó primero en general y en comun, segun fuimos vistos estar en él por ser nuestro padre, y despues de hecho y en cada uno por sí, cuando comienza cada uno á vivir en Cristo, naciendo por el bautismo.

»Y por la misma manera, así como al principio, cuando nacemos, incurrimos en aquel daño y gran mal, no por

nuestro merecimiento propio, sino por lo que la cabeza, que nos contenía, hizo en sí mismo; y si salimos del vientre de nuestras madres culpados, no nos forjamos la culpa nosotros antes que saliésemos dél; así cuando primeramente nacemos en Cristo, aquel espíritu suyo que en nosotros comienza á vivir no es obra ni premio de nuestros merecimientos. Y conforme á esto y por la misma forma y manera como aquella ponzoña, aunque nace al principio en nosotros sin nuestro propio querer, pero despues, queriendo nosotros usar della y obrar conforme á ella y seguir sus malos siniestros é inclinaciones, la acrecentamos y hacemos peor por nuestras mismas malas mañas y obras; y aunque entró en la casa de nuestra alma, sin que por su propia voluntad ninguno de nosotros le abriese la puerta, despues de entrada por nuestra mano y guiándola nosotros mismos, se lanza por toda ella y la tiraniza y la convierte en sí misma en una cierta manera; así esta vida nuestra y aqueste espíritu que tenemos de Cristo, que se nos da al principio sin nuestro merecimiento, si despues de recibido, oyendo su inspiracion y no resistiendo á su movimiento, seguimos su fuerza, con eso mismo que obramos siguiéndole lo acrecentamos y hacemos mayor, y con lo que nace de nosotros y dél, merecemos que crezca él en nosotros. Y como las obras que nacian del espíritu malo eran malas ellas en sí, y acrecentaban y engrosaban y fortalecian ese mismo espíritu de donde nacian; así lo que hacemos guiados y alentados con esta vida que tenemos de Cristo, ello en sí es bueno y delante de los ojos de Dios agradable y hermoso, y merecedor de que por ello suba á mayor grado de bien y de pujanza el espíritu de do tuvo origen.

»Aquel veneno asentado en el hombre, y perseverando y cundiendo por él poco á poco, así le contamina y le corrompe, que le trae á muerte perpétua. Esta salud, si dura en nosotros, haciéndose de cada dia mas poderosa y mayor, nos hace sanos del todo. De arte que, siguiendo nosotros el movimiento del espíritu con que nacemos, el cual, lanzado en nuestras almas, las despierta é incita á obrar conforme á quien él es y al origen de donde nace, que es Cristo; así que, obrando aquello á que este espíritu y gracia nos mueve, somos en realidad de verdad semejantes á Cristo, y cuanto mas así obráremos mas semejantes. Y así, haciéndonos nosotros vecinos á él, él se avecina á nosotros y merecemos que se infunda mas en nosotros y viva mas, añadiendo el primer espíritu mas espíritu, y á un grado otro mayor, acrecentando siempre en nuestras almas la semilla de vida que sembró, y haciéndola mayor y mas esforzada, y descubriendo su virtud mas en nosotros, que obrando conforme al movimiento de Dios y caminando con largos y bien guiados pasos por este camino, merecemos ser mas hijos de Dios, y de hecho lo somos. Y los que cuando nacimos, en el bautismo fuimos hechos semejantes á Cristo en el ser de gracia antes que en el obrar; esos que, por ser ya justos, obramos como justos, esos mismos, haciéndonos semejantes á él en lo que toca al obrar, crecemos merecidamente en la semejanza del ser. Y el mismo espíritu que despierta y atiza á las obras, con el mérito dellas crece y

se esfuerza, y va subiendo y haciéndose señor de nosotros y dándonos mas salud y mas vida, y no para hasta que en el tiempo último nos la dé perfecta y gloriosa, habiéndonos levantado del polvo.» Y como hubo dicho esto Marcelo, callóse un poco y luego tornó á decir:

«Dicho he cómo nacemos de Cristo, y la necesidad que tenemos de nacer dél, y el provecho y misterio deste nacimiento; y de un abismo de secretos que acerca desta generacion y parentesco divino en las sagradas letras se encierra, he dicho lo poco que alcanza mi pequeñez, habiendo tenido respeto al tiempo y á la ocasion, y á la cualidad de las cosas que son delicadas y obscuras. Agora, como saliendo de entre las zarzas y espinas á campo mas libre, digo que ya se conoce bien cuán justamente Esafas da nombre de *Padre* á Cristo y le dice que es *Padre* del siglo futuro. Entendiendo por este siglo la generacion nueva del hombre y los hombres engendrados así, y los largos y no finibles tiempos en que ha de perseverar aquesta generacion. Porque el siglo presente, el cual, en comparacion del que llama Esafas venidero, se llama primero siglo, que es el vivir de los que nacemos de Adam, comenzó con Adam, y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus descendientes postreros, y en particular no durará en ninguno mas de lo que él durare en esta vida presente. Mas el siglo segundo, desde Abel, en quien comenzó, extendiéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin, reforzándose él mas, perseverará para siempre.

»Y llámase siglo futuro, dado que ya es en muchos presente, y cuando le nombró el Profeta lo era tambien, porque comenzó primero el otro siglo mortal. Y llámase siglo tambien, porque es otro mundo por sí, semejante y diferente de este otro mundo viejo y visible; porque, de la manera que cuando produjo Dios el hombre primero hizo cielos y tierra y los demás elementos, así en la creacion del hombre segundo y nuevo, para que todo fuese nuevo como él, hizo en la Iglesia sus cielos y su tierra y vistió á la tierra con frutos, y á los cielos con estrellas y luz. Y lo que hizo en aquesto visible, eso mismo ha obrado en lo nuevo invisible, procediendo en ambos por unas mismas pisadas, como lo debujó, cantando divinamente, David en un salmo, y es dulcísimo y elegantísimo salmo. Adonde por unas mismas palabras, y como con una voz, cuenta, alabando á Dios, la creacion y gobernacion de aquestos dos mundos, y diciendo lo que se ve, significa lo que se esconde, como san Agustin lo descubre, lleno de ingenio y de espíritu. Dice (a) que extendió los cielos Dios como quien despliega tienda de campo, y que cubrió los sobrados dellos con aguas, y que ordenó las nubes, y que en ellas, como en caballos, discurre volando sobre las alas del aire, y que le acompañan los truenos y los relámpagos y el torbellino.

»Aquí ya vemos cielos y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo; oímos tambien el trueno á su tiempo y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hiere los ojos; allí, esto es, en el nuevo mundo y Iglesia, por la misma manera, los

(a) Psal. 103, v. 2.

cielos son los apóstoles y los sagrados doctores y los demás santos, altos en virtud y que influyen virtud, y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros, se torna en lluvia. En ella anda Dios y discurre volando, y con ella viene el soplo de su espíritu, y el relámpago de su luz y el tronido y el estampido, con que el sentido de la carne se aturde.—Aquí, como dice, prosiguiendo, el salmista, fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, adonde permanece y nunca se mueve; — y como primero estuviere anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales, obedeciendo á esta voz, se apartaron á su lugar, adonde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas huyeron, la tierra descubrió su figura humilde en los valles, y soberana en los montes. Allí el cuerpo firme y macizo de la Iglesia, que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubria y como anegaba, la gentilidad y aquel mar grande y tempestuoso de tiranos y de ídolos la tenían cuasi sumida; mas sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud, y arredró della la amargura y violencia de aquellas obras, y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda, con lo cual descubrió su forma y su concierto la Iglesia, alta en los obispos y ministros espirituales, y en los fieles legos humildes, humilde. Y como dice David, — subieron sus montes y parecieron en lo hondo sus valles.—

»Allí como aquí, conforme á lo que el mismo salmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios, que entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad y lo medio derechamente; en ellas se bañan las aves espirituales y los frutales de virtud que florecen dellas, y junto á ellas cantan, dulcemente asentadas. Y no solo las aves se bañan aquí, mas tambien los otros fieles, que tienen mas de tierra y menos de espíritu, si no se bañan en ellas, á lo menos beben dellas y quebrantan su sed. El mismo, como en el mundo, así en la Iglesia, envia lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí, juntas en arroyos y descendiendo, bañan los campos. Con ellas crece para los mas rudos, así como para las bestias, su heno, y á los que viven con mas razon, de allí les nace su mantenimiento. El trigo que fortifica, y el olio que alumbrá, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros, y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y dieron en sí reposo y dulce y saludable nido á los que volaron á ellos huyendo del mundo. Y no solo proveyó Dios de nido á aquestos huidos, mas para cada un estado de los demás fieles hizo sus propias guaridas. Y como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveras entre las peñas, así acontece en la Iglesia.

»En ella luce la luna y luce el sol de justicia, nace y se pone á veces, agora en los unos y agora en los otros, y tienen tambien sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fie-

ros halla su sazón para salir y bramar y para ejecutar su fiereza; mas tambien á las noches sucede en ella despues el aurora, y amanece despues y encuévase con la luz la malicia, y la razon y la virtud resplandece. ¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor! Y como nos admiras con esta órden corporal y visible, mucho mas nos pones en admiracion con la espiritual é invisible. No falta allí tambien otro Océano, ni es de mas cortos brazos ni de mas angostos senos que es este, que ciñe por todas partes la tierra, cuyas aguas, aunque son fieles, son, no obstante eso, aguas amargas y carnales y movidas tempestuosamente de sus violentos deseos; cria peces sin número, y la ballena infernal se espacia por él. En él y por él van mil navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y santo propósito; mas ¡dichosos aquellos que llegan salvos al puerto!

»Todos, Señor, viven por tu liberalidad y largueza; mas, como en el mundo, así en la Iglesia, escondes y como encoges cuando te parece la mano y alma, en faltándole tu amor y tu espíritu vuélvese en tierra. Mas, si nos dejas caer para que nos conozcamos, para que te alabemos y celebremos despues nos renuevas. Así vas criando y gobernando y perfeccionando tu Iglesia hasta llegarla á lo último, cuando consumida toda la liga del viejo metal, la saques toda junta pura y luciente, y verdaderamente nueva del todo. Cuando viniere este tiempo (¡ay amable y bienaventurado tiempo, y no tiempo ya, sino eternidad sin mudanza!); así que, cuando viniere, la arrogante soberbia de los montes estremeciéndose vendrá por el suelo, y desaparecerá hecha humo, obrándolo tu majestad, toda la pujanza y deleite y sabiduría mortal, y sepultarás en los abismos, juntamente con esto, á la tiranía, y el reino de la tierra nueva será de los tuyos. Ellos cantarán entonces de continuo tus alabanzas, y á tí el ser alabado por esta manera te será cosa agradable. Ellos vivirán en tí, y tú vivirás en ellos, dándoles riquísima y dulcísima vida. Ellos serán reyes, y tú Rey de reyes. Serás tú en ellos todas las cosas y reinarás para siempre.» Y dicho esto, Marcelo calló, y Sabino dijo luego: «Este salmo en que, Marcelo, habeis acabado, vuestro amigo le puso tambien en verso, y por no romperos el hilo, no os lo quise acordar. Mas pues me distes este oficio, y vos le olvidastes, decirle he yo, si os parece.» Entonces Marcelo y Juliano juntos respondieron que les parecia muy bien, y que luego le dijese. Y Sabino, que era mancebo, así en el alma como en el cuerpo muy compuesto, y de pronunciacion agradable, alzando un poco los ojos al cielo y lleno el rostro de espíritu, con templada voz dijo desta manera:

Alaba ¡oh alma! á Dios; Señor, tu altera,
¿Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
Y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento.
Las nubes son tu carro, tus alados
Caballos son el viento.
Son fuego abrasador tus mensajeros,
Y trueno y torbellino.
Las tierras sobre asientos duraderos

Mantienes de continuo.
Los mares las cubrian de primero,
Por cima los collados;
Mas visto de tu voz el trueno fiero,
Huyeron espantados.
Y luego los subidos montes crecen,
Humillanse los valles.
Si ya entre sí hinchados se embravecen,
No pasarán las calles,
Las calles que les diste y los linderos,
Ni anegarán las tierras.
Descubres minas de agua en los oteros,
Y corre entre las sierras.
El gamo y las salvajes alimañas
Allí la sed quebrantan.
Las aves nadadoras allí bañan,
Y por las ramas cantan.
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
Y das hartura al llano.
Ansí das heno al buey, y mil legumbres
Para el servicio humano.
Ansí se espiga el trigo y la vid crece
Para nuestra alegría.
La verde oliva ansí nos resplandece,
Y el pan de valentía.
De allí se viste el bosque y arboleda
Y el cedro soberano,
Adonde anida la ave, adonde enreda
Su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
Al conejo la peña.
Por tí nos mira el sol, y su lucida
Hermana nos enseña
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
En que salen las fieras,
El tigre, que racion con hambre dura
Te pide y voces fieras.
Despiertas el aurora, y de consuno
Se van á sus moradas.
Da el hombre á su labor, sin miedo alguno,
Las horas situadas.
¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
De tu sabiduría!
Pues, ¿quién daría á el mar sus anchos senos,
Y cuantos peces cria;
Las naves que en él corren, la espantable
Ballena que le azota?
Sustento esperan todos saludable
De tí, que el bien no agota.
Tomamos, si tú das; tu larga mano
Nos deja satisfechos.
Si huyes, desfallece el ser liviano,
Quedamos polvo hechos.
Mas tornará tu soplo, y renovado,
Repararás el mundo.
Será sin fin tu gloria, y tú alabado
De todos sin segundo.
Tú, que los montes ardes si los tocas,
Y al suelo das temblores,
Cien vidas que tuviera y cien mil bocas,
Dedico á tus loores.
Mi voz te agradará, y á mí este oficio
Será mi gran contento.
No se verá en la tierra maleficio
Ni tirano sangriento.
Sepultará el olvido su memoria;
Tu alma á Dios da gloria.

Como acabó Sabino aquí, dijo Marcelo luego: «No parece justo despues de un semejante fin añadir mas. Y pues Sabino ha rematado tan bien nuestra plática, y habemos ya platicado asaz luengamente, y el sol parece que por oírnos, levantado sobre nuestras cabezas, nos ofende ya, sirvamos á nuestra necesidad agora reposando un poco, y á la tarde, caída la siesta, de nuestro

espacio, sin que la noche aunque sobrevenga lo estorbe, dirémos lo que nos resta.» «Sea así,» dijo Juliano. Y Sabino añadió: «Y yo sería de parecer que se acabase aqueste sermón en aquel soto é isleta pequeña que el río hace en medio de sí, y que de aquí se parece. Por-

que yo miro hoy al sol con ojos que, si no es aquel, no nos dejará lugar que de provecho sea.» «Bien habeis dicho, respondieron Marcelo y Juliano, y hágase como decís.» Y con esto, puesto en pié Marcelo, y con él los demás, cesó la plática por entonces.

LIBRO SEGUNDO.

INTRODUCCION.

Descripcion de la miseria humana, y origen de su fragilidad.

En ninguna cosa se conoce mas claramente la miseria humana, muy illustre Señor, que en la facilidad con que pecan los hombres y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideracion, ella misma les descubriera que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto, y entendieran por ella que no estaba pura y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre ó por voluntad; porque, si miraran en ello, ¿cómo pudieran creer que la naturaleza, madre y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinacion? O ¿cómo les pareciera que se compadecia ó que era posible que la naturaleza, que guía, como vemos, los animales brutos y las plantas, y hasta las cosas mas viles, tan derecha y eficazmente á sus fines, que los alcanzan todas ó casi todas, criase á la mas principal de sus obras tan inclinada al pecado, que por la mayor parte, no alcanzando su fin, viniere á extrema miseria?

Y si sería notorio desatino entregar las riendas de dos caballos desbocados y furiosos á un niño flaco y sin arte para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos, y si cometerle á este mismo en tempestad una nave, para que contrastase los vientos, sería error conocido, por el mismo caso pudieran ver no caber en razon que la providencia sumamente sábía de Dios, en un cuerpo tan indomable y de tan malos siniestros, y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos como en nosotros sentimos, pusiese para su gobierno una razon tan flaca y tan desnuda de toda buena doctrina como es la nuestra cuando nacemos; ni pudieran decir que, en esperanza de la doctrina venidera y de las fuerzas que con los años podia cobrar la razon, le encomendó Dios aqueste gobierno, y la colocó en medio de sus enemigos sola contra tantos, y desarmada contra tan poderosos y fieros. Porque sabida cosa es que, primero que despierte la razon en nosotros, viven en nosotros y se encienden los deseos bestiales de la vida sensible,

que se apoderan del ánimo, y haciéndola á sus mañas, la inclinan mal antes que comience á conocerse. Y cierto es que, en abriendo la razon los ojos, están como á la puerta y como aguardando para engañarla el vulgo ciego y las compañías malas, y el estilo de la vida lleno de errores perversos, y el deleite y la ambicion, y el oro y las riquezas, que resplandecen. Lo cual cada uno por sí es poderoso á oscurecer y á vestir de tinieblas á su centella recién nacida, cuanto mas todo junto, y como conjurado y hecho á una para hacer mal; y así, de hecho la engañan, y quitándole las riendas de las manos, la sujetan á los deseos del cuerpo, y la inducen á que ame y procure lo mismo que la destruye.

Así que, este desconcierto é inclinacion para el mal que los hombres generalmente tenemos, él solo por sí, bien considerado, nos puede traer en conocimiento de la corrupcion antigua de nuestra naturaleza. En la cual naturaleza, como en el libro pasado se dijo, habiendo sido hecho el hombre por Dios enteramente señor de sí mismo, y del todo cabal y perfecto, en pena de que él por su grado sacó su ánima de la obediencia de Dios, los apetitos del cuerpo y sus sentidos se salieron del servicio de la razon, y rebelando contra ella, la sujetaron, oscureciendo su luz y enflaqueciendo su libertad, y encendiéndola en el deseo de sus bienes dellos, y engendrando en ella apetito de lo que le es ajeno y le daña; esto es, del desconcierto y pecado.

En lo cual es extrañamente maravilloso que, como en las otras cosas que son tenidas por malas, la experiencia de ellas haga escarmiento para huir dellas; pues que el que cayó en un mal paso rodea otra vez el camino por no tornar á caer en él en esta desventura que llamamos pecado, el probarla es abrir la puerta para meterse en ella mas, y con el pecado primero se hace escalon para venir al segundo; y cuanto el alma en este género de mal se destruye mas, tanto parece que gusta mas de destruirse; que es de los daños que en ella el pecado hace, si no el mayor, sin duda uno de los mayores y mas lamentables. Porque por esta causa, como por los ojos se ve, de pecados pequeños nacen, eslabonándose unos con otros, pecados gravísimos, y se endurecen y crian callos, y hacen como incurables los corazones humanos en este mal del pecar, añadiendo siempre á un pecado otro pecado, y á un pecado menor sucediéndole otro mayor de continuo, por haber comenzado á pecar. Y vienen así, continuamente pecando, á tener por hacedero y dulce y gentil lo que, no solo

en sí y en los ojos de los que bien juzgan es aborrecible y feísimo, sino lo que esos mismos que lo hacen, cuando de principio entraron en el mal obrar, huyeran el pensamiento de ello, no solo el hecho, mas que la muerte; como se ve por infinitos ejemplos, de que así la vida comun como la historia está llena.

Mas entre todos es claro y muy señalado ejemplo el del pueblo hebreo antiguo y presente; el cual, por haber desde su primero principio comenzado á apartarse de Dios, prosiguiendo despues en esta su primera dureza, y casi por años volviéndose á él, y tornándole luego á ofender, y amontonando á pecados pecados, mereció ser autor de la mayor ofensa que se hizo jamás, que fué la muerte de Jesucristo. Y porque la culpa siempre ella misma se es pena, por haber llegado á esta ofensa, fué causa en sí misma de un extremo de calamidad. Porque, dejando aparte el perdimiento del reino, y la ruina del templo, y el asolamiento de su ciudad, y la gloria de la religion y verdadero culto de Dios traspasada á las gentes, y dejados aparte los robos y males y muertes innumerables que padecieron los judíos entonces, y el eterno cautiverio en que viven agora en estado vilísimo entre sus enemigos, hechos como un ejemplo comun de la ira de Dios.

Así que, dejando esto aparte, ¿puedése imaginar mas desventurado suceso, que habiéndoles prometido Dios que nacería el Mesías de su sangre y linaje, y habiéndole ellos tan luengamente esperado, y esperando en él y por él la suma riqueza, y en durísimos males y trabajos que padecieron, habiéndose sustentado siempre con esta esperanza, cuando le tuvieron entre sí no le querer conocer, y cegándose, hacerse homicidas y destruidores de su gloria y de su esperanza, y de su sumo bien dellos mismos? A mí verdaderamente, cuando lo pienso, el corazón se me entenece en dolor. Y si contamos bien toda la suma deste exceso tan grave, halláremos que se vino á hacer de otros excesos, y que del abrir la puerta al pecar, y del entrarse continuamente mas adelante por ella, alejándose siempre de Dios, vinieron á quedar ciegos en mitad de la luz; porque tal se puede llamar la claridad que hizo Cristo de sí, así por la grandeza de sus obras maravillosas como por el testimonio de las letras sagradas que se demuestran; las cuales demuestran así claramente que no pudiéramos creer que ningunos hombres eran tan ciegos, si no supiéramos haber sido tan grandes pecadores primero. Y ciertamente, lo uno y lo otro, esto es, la ceguedad y maldad dellos y la severidad y rigor de la justicia de Dios contra ellos, son cosas maravillosamente espantables.

Yo siempre que las pienso me admiro; y trújome las á la memoria agora lo restante de la plática de Marcelo que me queda por referir, y es ya tiempo que lo refiera. Porque fué así, que los tres, despues de haber comido, y habiendo tomado algun pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba á caer, saliendo de la granja, y llegados al río, que cerca della corría, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto que se hacia en medio dél, en una como isleta pequeña que apegada á la presa de unas aceñas se descubría. Era el soto, aunque pequeño, es-

E. XVI-II.

peso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía tambien algunos árboles puestos por industria, y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacia el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del río, y corría cuasi toda junta.

Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros, y metidos en lo mas espeso dél y mas guardado de los rayos del sol, junto á un álamo alto, que estaba cuasi en el medio, teniéndole á las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y cuasi juntado al agua los piés, se sentaron; adonde diciendo entre sí del sol de aquel día, que aun se hacia sentir, y de la frescura de aquel lugar, que era mucha, y alabando á Sabino su buen consejo, Sabino dijo así: «Mucho me huelgo de haber acertado tan bien, y principalmente por vuestra causa, Marcelo, que por satisfacer á mi deseo tomáis hoy tan grande trabajo, que, segun lo mucho que esta mañana dijistes, temiendo vuestra salud, no quisiera que agora dijéades mas, si no me asegurara en parte la cualidad y frescura de aqueste lugar; aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres liciones en las escuelas muchos dias arreo, bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un día, ó por mejor decir, no habrá maldad que no haga.» «Razon tiene Sabino, respondió Marcelo, mirando hácia Juliano, que es género de maldad ocuparse uno tanto y en tal tiempo en la escuela; y de aquí veréis cuán malvada es la vida que así nos obliga. Así que, bien podeis proseguir, Sabino, sin miedo; que, demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos agora es sin comparacion muy mas dulce que lo que leemos allí; y así, con ello mismo se alivia el trabajo.» Entonces Sabino, desplegando el papel y prosiguiendo su lectura, dijo desta manera:

§. I.

De cómo se llama Cristo *Brazo de Dios*, y á cuánto se extiende su fuerza.

«Otro nombre de Cristo es *Brazo de Dios*. Esaías en el capítulo 53: —¿Quién dará crédito á lo que habemos oído? y su brazo Dios ¿á quién lo descubrirá?—Y en el capítulo 52: —Aparejó el Señor su brazo santo ante los ojos de todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra.—Y en el cántico de la Virgen:—Hizo poderío en su brazo, y derramó los soberbios.—Y abiertamente en el salmo 70, adonde en persona de la Iglesia dice David: —En la vejez mia ni menos en mi senectud no me desampares, Señor, hasta que publique tu brazo á toda la generacion que vendra.—Y en otros muchos lugares.»

Cesó aquí Sabino, y disponíase ya Marcelo para comenzar á decir; mas Juliano, tomando la mano, dijo: «No sé yo, Marcelo, si los hebreos nos darán que Esaías en el lugar que el papel dice hable de Cristo.» «No lo darán ellos, respondió Marcelo, porque están ciegos; pero dánoslo la misma verdad. Y como hacen los malos enfermos, que huyen más de lo que les da mas salud, así estos, perdidos en este lugar, el cual solo bastaba para traerlos á luz, derraman con mas estudio las ti-